

5ºD.PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 15,1-8.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

-Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto, lo arranca; y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Vosotros estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada.

Al que no permanece en mí, lo tiran fuera, como al sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros pedir lo que deseáis, y se realizará.

La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y así seréis mis discípulos.

SIEMPRE UNIDOS A CRISTO

En el Evangelio de este quinto domingo de Pascua el Señor se presenta como la vid verdadera y habla de nosotros como los sarmientos que no pueden vivir sin permanecer unidos a Él. Y dice así: **«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos»**. No hay vid sin sarmientos que dé fruto y viceversa.

Sin la vid los sarmientos no pueden hacer nada, necesitan la savia para crecer y dar fruto. Pero también la vid necesita los sarmientos, porque los frutos no brotan del tronco del árbol. Es una necesidad recíproca, es una permanencia recíproca para dar fruto. **«Nosotros permanecemos en Jesús y Jesús permanece en nosotros»**.

Jesús insiste en el verbo **«permanecer»**. Lo repite siete veces en el pasaje del Evangelio de hoy. Antes de dejar este mundo e ir al Padre, Jesús quiere asegurar a sus discípulos que **«pueden seguir unidos a Él»**. Les dice: **«permaneced en mí y yo en vosotros»**.

El objetivo de permanecer en el Señor es el de **«encontrar la fuerza para salir de nosotros mismos»**, de nuestras comodidades, de nuestra zona de confort, de los espacios restringidos y protegidos, para **«adentrarnos en el mar abierto de las necesidades de los demás y fortalecer nuestro testimonio cristiano»**.

Este **«coraje»** de salir de uno mismo y de adentrarse en las necesidades de los demás, **«nace de la fe en Jesús Resucitado, de la certeza de que su Espíritu acompaña nuestra historia»**. Uno de los frutos más maduros que brota de la comunión con Cristo es el **«compromiso de caridad»** hacia el prójimo, **«amando a los hermanos renunciando a uno mismo hasta las últimas consecuencias, como Jesús nos amó»**.

El dinamismo de la caridad del creyente no es fruto de estrategias, no nace de solicitudes externas, de instancias sociales o ideológicas, sino **«del encuentro con Jesús y de permanecer en Él»**. Él es para nosotros la vida de la que absorbemos la savia, la **«vida»** en mayúsculas, para llevar a la sociedad una forma diferente de vivir poniendo en primer lugar a los últimos.

«Cuando intimamos con el Señor», vemos que, al igual que la vid y los sarmientos unidos dan frutos, también nosotros **«somos capaces de dar frutos, de vida nueva, de misericordia, de justicia y de paz»**. El Señor quiere decirnos que **«lo primero»**, antes que la observancia de sus mandamientos, antes que las bienaventuranzas, antes que las obras de misericordia, es **«estar unidos a Él, permanecer en Él»**. No podemos ser buenos cristianos si no permanecemos en Jesús. Y, en cambio, **«con Él lo podemos todo»**.

Es lo que hicieron los santos, aquellos que vivieron en plenitud la vida cristiana, porque fueron verdaderos sarmientos de la vid del Señor. Pero para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. **«Todos estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno nos encontremos»**



Cada actividad, el trabajo, el descanso, la vida familiar y social, el ejercicio de las responsabilidades políticas, culturales y económicas, cada actividad, pequeña o grande, **«si se vive en unión con Jesús y con actitud de amor y de servicio»**, es una ocasión para vivir en plenitud el Bautismo y la Santidad Evangélica.

Pero al igual que la vid necesita de los sarmientos **«también Jesús nos necesita»**. Tal vez a primera vista puede parecer atrevido decir esto, pero si nos preguntamos: ¿en qué sentido Jesús necesita de nosotros?, la respuesta salta a la vista: **«Jesús necesita de nuestro testimonio»**. El fruto que, como sarmientos, debemos dar es **«el testimonio de nuestra vida cristiana»**.

Después de que Jesús subió al Padre, es tarea de los discípulos, es tarea nuestra, **«seguir anunciando el Evangelio con la Palabra y con las Obras»**. Y nosotros, sus discípulos, lo debemos hacer dando testimonio de su amor, **«el fruto es el amor»**.

Unidos a Cristo, **«recibimos los dones del Espíritu Santo»**, y así podemos **«hacer el bien»**, al prójimo, a la sociedad y también a nuestra Iglesia. Por sus frutos se reconoce al árbol y **«una vida verdaderamente cristiana da testimonio de Cristo»**.

Y para terminar, Jesús nos dice: **«Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros pedir lo que deseéis y se realizará»**. También esto es audaz: la seguridad de que aquello que nosotros pidamos se nos concederá. Y es que **«la fecundidad de nuestra vida depende de la oración»**. Podemos pedir **«que pensemos como Él, actuar como Él, ver el mundo y las cosas con sus ojos»**. Y de esta forma, amar a nuestros hermanos y hermanas, empezando por los más pobres y sufrientes, como Él lo hizo, **«amarlos con su corazón»** y dar en el mundo frutos de bondad, frutos de caridad, frutos de paz. Permanezcamos pues **«siempre unidos a Jesús»**, convencidos de que **«solo unidos a Él seremos capaces de dar testimonio de su amor»**. ¡Que así sea!